

“¿La guerrilla urbana en los años 30? Otra vía para interpretar la violencia Cenetista. Estudio del caso zaragozano”

Hubert Ryszard Kurelski
Universidad de Zaragoza

Resumen

Este artículo pretende complementar las posibles vías de interpretación de la violencia anarquista presente durante la II República. Su objetivo principal consiste en rescatar una serie de actos considerados como protestas desesperadas o violencia espontánea o puntual. Para realizar tal objetivo y poder contextualizar mejor los casos concretos, se aplica una perspectiva local concentrada en la protesta anarquista/sindicalista en la ciudad de Zaragoza entre los años 1931-1936. El concepto clave del análisis en cuestión está basado en la noción de la guerrilla urbana vista como una estrategia sociopolítica. A base de dicho análisis, el texto intenta reconsiderar la diferenciación entre la protesta primitiva y la moderna propuesta por Charles Tilly y Sidney Tarrow.

Palabras Clave

II República Española, anarquismo, guerrilla urbana, violencia política

Introducción

El anarquismo español y sus acciones violentas suscitan interés científico desde hace más de medio siglo. Empezando por el clásico estudio de Eric Hobsbawm sobre los rebeldes primitivos¹, los historiadores han profundizado el tema, con el fin de explicar la trayectoria del fenómeno en cuestión. Dichos trabajos permitieron trazar un modelo de evolución que medió entre los motines y magnicidios, y las huelgas generales revolucionarias.² Sin embargo, dicho esquema, aunque basado en numerosas investigaciones de alcance local, ha centrado su óptica en continuidades y puntos de inflexión de escala nacional. Además, el periodo republicano constituye una zona gris

¹ Eric J. HOBBSAWM: *Rebeldes Primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Editorial Ariel, 1983.

² Una síntesis sobre desarrollo de la violencia anarquista en: Julián CASANOVA RUIZ: *Anarquismo y violencia política en la España del siglo XX*, Zaragoza, 2007. En el mismo contexto cabe mencionar también: Antonio FONTECHA PEDREZA: “Anarcosindicalismo y violencia: La <<Gimnasia Revolucionaria>> para el pueblo”, *Historia Contemporánea*, 11 (1994), pp. 153–179.

para el modelo dominante en la historiografía social, el cual está basado en la diferenciación entre las formas de protesta consideradas como tradicionales o modernas.

Como ha destacado Julio Aróstegui, independientemente de disciplinas que representan, todos los estudios sobre la violencia política perciben el fenómeno como una relación definible solamente con respecto a un conjunto complejo de variables y circunstancias.³ En otras palabras, un estudio sobre la violencia política requiere su profunda contextualización dentro de una realidad social. Por tanto, para explicar la actividad violenta de los anarquistas, éste análisis, sin obviar las coyunturas nacionales, apuesta por la vuelta a un nivel local. El límite espacial de la ciudad de Zaragoza, la segunda ciudad con el mayor peso de la Confederación Nacional de Trabajo en su estructura socio-laboral, permitirá profundizar en los hechos concretos y en los mecanismos que condicionaron actos de protesta anarquista y sindicalista. La innovación metodológica que se propone consiste en introducir el concepto de la guerrilla urbana para analizar la protesta violenta en el periodo anterior a la Guerra Civil. De esta manera será posible esclarecer las dinámicas que condicionaron la protesta violenta y descubrir las relaciones que existieron entre las formas consideradas como modernas o tradicionales.

El rechazo del militarismo

La violencia política en la época de la primera postguerra mundial fue dominada por un concepto nuevo: la milicia política paramilitar. Nacida en la República de Weimar, la forma basada en emulación de pequeñas unidades de ejércitos modernos, pronto atrajo las miradas de la prensa y los analistas contemporáneos, encontrando partidarios entre organizaciones políticas en toda Europa.⁴ A principios de los años treinta, dicha modalidad organizativa suscitó interés entre los anarquistas más radicales y más escépticos con el nuevo régimen republicano. Teniendo en cuenta el fracaso de los magnicidios, los atentados personales y el caótico pistolero de la década de los 20', el ala radical del movimiento libertario, encabezado por Juan García Oliver, ideó un modelo según el cual:

“Paralelamente a la creación de sindicatos, grupos de afinidad ideológica, ateneos, la juventud obrera debería ser agrupada en formaciones paramilitares

³ Julio ARÓSTEGUI: “La militarización de la política durante la II República”, *Historia Contemporánea*, 11 (1994), pp. 12–27, p. 23.

⁴ Andrew SCOBELL y Brad HAMMIT: “Goons, gunmen, and gandarmerie: Toward a reconceptualization of paramilitary formations”, *Journal of Political and Military Sociology*, 2, 26 (1998), pp. 213–227.

de núcleos reducidos, sin conexión entre sí, pero estrechamente ligados a los comités de defensa de barriada y éstos a un Comité de Defensa local, dentro del espíritu de creación revolucionaria de los militantes del anarquismo y del sindicalismo español...”.⁵

Independientemente de la radicalización de la C.N.T. durante el primer bienio,⁶ el plan de creación de grupos paramilitares bien estructurados no llegó a materializarse durante todo el periodo anterior a la Guerra Civil. Incluso en mayo de 1936, discutiendo sobre la amenaza de un golpe de estado militar y la necesidad de proteger el nuevo orden postrevolucionario, los delegados al Congreso Nacional de la C.N.T. rechazaron la propuesta de creación de un *Ejército Revolucionario*. La respuesta se debía sobre todo a la larga tradición antimilitarista presente en los movimientos anarquista y sindicalista⁷. A pesar de la fuerte oposición, el proyecto de una minoría audaz, que consideraba a sus filas como guardianes de la pureza ideológica de la C.N.T., influyó en los debates y estrategias de los sindicatos confederados.

Incluso en Zaragoza, donde la Federación Local de Sindicatos Obreros había tenido una trayectoria más pragmática que libertaria⁸, podemos encontrar puntos comunes entre el proyecto de García Oliver y las demandas expresadas por la C.N.T. local. Durante los primeros meses de vida de la II República, la mayoría de los líderes zaragozanos expresaron cierta neutralidad o benevolencia con el nuevo régimen. No obstante, entre sus manifestaciones también resonaron exigencias del desarme de la Guardia Civil y el Somaten, así como la creación de milicias populares al servicio de la República.⁹ Algunos militantes anarquistas intentaron incluso introducir esta cuestión en las discusiones de la

⁵ JUAN GARCÍA OLIVER: *El eco de los pasos*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1978, 115; *Solidaridad Obrera*, 13 de mayo de 1936.

⁶ Una síntesis sobre la radicalización de la C.N.T. y el conflicto interno que supuso en: Julián CASANOVA RUIZ: *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 87-92.

⁷ JUAN GARCÍA OLIVER: *El eco de los pasos*, p. 138; *Solidaridad Obrera*, 12 de mayo de 1936.

⁸ Laura VICENTE VILLANUEVA: *Historia del anarquismo en España. Utopía y realidad*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013, 168.

⁹ La exigencia del desarme del Somaten fue acordada por los participantes del primer mitin de la CNT en la Zaragoza republicana el día 15 de abril, y acompañó al saludo a la República expresado por Victoriano García en la carta al gobernador: *Heraldo de Aragón*, 16 de abril 1931. En un mitin celebrado el 3 de mayo del mismo año, el emisor de la carta repitió que defendería a la República a pesar de que ésta todavía no había disuelto el Somaten y la Guardia Civil ni retirado las licencias de armas a los miembros del Sindicato Libre. Esperando a que esto sucediera, el secretario exigió que se armara al pueblo. Su sucesor en el pulpito Ricardo Sanz, conocido hombre de acción y cofundador de “Los Solidarios”, quien tomó la palabra en representación de la Federación barcelonesa, repitió la consigna de armar al pueblo y alegó en favor del uso de sabotaje como estrategia sindical: *Heraldo de Aragón*, 5 de mayo de 1931.

vida sindical.¹⁰ En junio, de cara al Congreso Nacional, el Congreso de la Regional aprobó la exigencia de la desaparición de la Guardia Civil.¹¹ El cumplimiento de dichas demandas hubiera supuesto una situación óptima para la C.N.T. Antes de plantear su propia revolución, el sindicato tenía que reconstruir sus estructuras y ganar nuevos adeptos. Despreocupada por las intervenciones de la Guardia Civil y sin somatenistas al servicio de la patronal, la Confederación podría practicar la negociación directa (violenta o no) con los patronos y cumplir su programa sin preocuparse por la política gubernamental. No obstante, el 14 de mayo el presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, pronunció un discurso en el que presentó a la Benemérita como: “un instrumento, que sabrá defender y salvar a la República de cualquier peligro que la aceche”. Al día siguiente, el anuncio de la creación de la Guardia de Asalto dejó claro que el gobierno no pensaba ceder sus prerrogativas al pueblo armado.¹²

Las protestas en Zaragoza

A principios de los años 30', la situación económica y social de los obreros zaragozanos dejaba mucho que desear. Desde finales de abril de 1931, el ayuntamiento tuvo que hacer frente al creciente desempleo. La crisis afectaba sobre todo al sector de la construcción, una de las fuentes de empleo más importantes en la ciudad. Además, la contracción económica repercutía en otros ramos, que solían absorber el exceso de mano de obra barata. Ésta, procedía sobre todo de los aragoneses jóvenes, quienes llegaban a la capital en busca de una vida mejor que la que ofrecían sus pueblos. En las primeras semanas de la República en Zaragoza hubo alrededor de 2000 obreros sin trabajo con vistas al empeoramiento del problema. Incluso los que temporalmente gozaron de percibir un sueldo no podían sentirse tranquilos, ya que durante el periodo republicano la mitad de los trabajadores conseguía un empleo solo para un periodo medio de 160 días al año¹³.

Los procesos de modernización que habían atraído a los obreros durante y después de la I Guerra Mundial habían repercutido también en sus condiciones de vida y la organización urbanística. A parte de los barrios tradicionalmente poblados por las capas populares, aparecieron nuevos distritos obreros e industrializados. En el caso de los primeros, las barriadas como San Pablo o La Magdalena, que rodeaban el centro del casco antiguo, mantuvieron su carácter de

¹⁰ Por ejemplo, el 7 de mayo, uno de los hombres de acción, Jarquín Aznar insistió en la necesidad del desarme de la Guardia Civil y la policía para armar al pueblo durante una asamblea de la sección de peones y albañiles: *Heraldo de Aragón*, 8 de mayo 1931.

¹¹ *Heraldo de Aragón*, 9 de junio 1931.

¹² *Heraldo de Aragón*, 15 y 16 de mayo de 1931.

¹³ Enrique MONTAÑÉS: *Anarcosindicalismo y cambio político. Zaragoza, 1930-1936*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989, 22-24.

pequeños laberintos de calles estrechas. Las zonas nuevas, como: Las Delicias, El Arrabal, El Torrero o Venecia, surgieron en el extrarradio. Gran parte de éstas estaba compuesta por los llamados *barríos particulares*, nacidos de la falta de planificación urbana y el fracaso de proyectos de construcción de las casas baratas. Allí las casas, construidas a manos de sus habitantes, que pudieron adquirir una finca pequeña, carecían muchas veces de agua corriente, pavimento o alumbrado público. En estas condiciones, sus habitantes vivían parcialmente aislados de la ciudad a falta de buen transporte público.¹⁴

Como se ha señalado en innumerables publicaciones sobre el periodo republicano, la fiesta popular de 14 de abril de 1931 expresó no solamente el júbilo de las masas populares, sino también sus anhelos y esperanzas. En el caso zaragozano muchos de los obreros esperaban mejores condiciones de trabajo, subidas salariales y pleno reconocimiento de la Confederación. Aunque la C.N.T. aprovechó la vuelta a la legalidad y empezó a reconstruir sus estructuras, la realización de dichas aspiraciones parecía muy lejana. La negativa patronal de reconocer las estructuras sindicales, la competencia de la Unión General de Trabajo y la política gubernamental basada en imposición de los comités paritarios e interpretación de la protesta obrera como desafío para el nuevo régimen, pronto desembocaron en una serie de conflictos que sacudieron la vida de la ciudad.

Los meses de mayo, junio y julio trajeron los primeros conflictos en los ramos de cuero, metal y química. En casos de la mayor obstinación patronal, a parte de las pruebas de ocupación de fábricas (fácilmente reprimidas por las fuerzas de seguridad) surgieron los primeros actos de violencia. Muchos de ellos tenían rasgos de espontaneidad, como apedreamientos de edificios o palizas a los obreros socialistas empleados como esquiroleros. No obstante, hubo también actos más premeditados, como destrucción de materiales transportados por las calles e incluso el primer intento de atentado personal contra el líder socialista del ramo de la industria química.

A pesar de las tensiones sectoriales, las huelgas no desembocaron en un paro general decisivo. En este contexto llegó a Zaragoza el primer conflicto sindical de escala nacional: el de la Telefónica. El 18 de junio La Confederación presentó unas bases de trabajo que incluían: su reconocimiento, readmisión de los trabajadores despedidos, supresión de trabajadores eventuales, disminución de las diferencias salariales, un reglamento de ascensos más claro y justo, mejores prestaciones para los empleados enfermos, la jornada de 6 horas y la supresión del turno nocturno femenino.¹⁵ Tras prolongadas negociaciones, el 6 de julio los empleados de la central zaragozana

¹⁴ Más información sobre los procesos de modernización y su impacto social, económico y urbanístico en la ciudad de Zaragoza en: Carlos FORCADELL (ed.): *Trabajo, sociedad y cultura. Una mirada al siglo XX en Aragón*, 2000, 17-100. Jesús I. BUENO MADRUGA: *Zaragoza 1917-1936: de la movilización popular y obrera a la reacción conservadora.*, Zaragoza, 2000, 19-63;

¹⁵ *El Sol*, 1 de julio 1931.

intentaron aprovechar su ventaja numérica y paralizar la empresa con una huelga pacífica. No obstante, la Telefónica apostó por seguir negociando con otros sindicatos y emplear personal procedente de otras regiones. En respuesta, los huelguistas empezaron a congregarse frente a la central situada en el Paseo de Independencia. También en este caso la presencia policial bastó para restablecer el orden.¹⁶

La situación era tensa, ya que el ministro de gobernación Miguel Maura y Largo Caballero, quien ocupaba la cartera de Trabajo, presentaron el paro como un desafío al nuevo régimen y anunciaron su fracaso¹⁷. En esta línea actuaron también el gobernador Antonio Montañer y su sucesor Manuel Pardo Urdapilleta. Cuando en la ciudad y sus alrededores surgieron cortes del tendido telefónico, al no poder encontrar a sus autores, los representantes del gobierno optaron dos veces por la detención gubernamental del comité de huelga. Mientras tanto, su encargado ordenó despedir a todos los huelguistas y disparar sin aviso contra los sabotadores. El conflicto mantuvo las mismas características hasta el 31 de agosto. Aquel día fue tiroteado un empleado que arreglaba el tendido en el Paseo de Independencia. Los Guardias Civiles que escoltaban al técnico respondieron con fuego sin localizar al agresor. El tiroteo acabó en cuestión de minutos saldándose con 4 heridos y un transeúnte muerto. Como una de las balas había alcanzado a un tranviario miembro de la U.G.T., su sindicato convocó una huelga de 24 horas para mostrar su rechazo a la violencia. Sin embargo, la C.N.T. culpó al gobernador y la Guardia Civil y convocó una huelga general indefinida exigiendo la dimisión del representante de la autoridad estatal.

Desde la mañana del día siguiente, pequeños grupos con armas de fuego y herramientas recorrieron las calles principales destrozando los tendidos y las centralitas e imponiendo el cierre de tiendas y talleres. Hubo disparos contra las patrullas de las fuerzas del orden. Mientras tanto, las masas erigieron una barricada en el Paseo de Independencia y apedrearon a las fuerzas del orden. Los sabotadores destruyeron toda la red telefónica, quemándola en grandes hogueras y las masas asaltaron el Casino Mercantil. Grandes grupos intentaron levantar las vías de tranvía y quemar un dispositivo telefónico subterráneo. La llegada de las fuerzas del orden dispersó a los amotinados, pero provocó otros tiroteos con los grupos armados. El día 2 la ciudad siguió siendo campo de batalla entre las masas amotinadas y los individuos armados, por un lado, y las fuerzas de seguridad, por el otro. Éstas, gracias a los refuerzos llegados desde fuera, pudieron retomar el control de la ciudad y obligaron a los huelguistas a terminar el paro. No obstante, la huelga de la

¹⁶ *Heraldo de Aragón*, 7 y 8 de junio de 1931.

¹⁷ *Heraldo de Aragón*, 25 de junio y 4 de julio 1931.

Telefónica marcó tanto las relaciones entre la II República y la C.N.T., como el modelo de la protesta sindicalista y anarquista en Zaragoza.¹⁸

El día 9 de diciembre del mismo año, los obreros confederados declararon una huelga contra el sistema de Seguros de Maternidad obligatorio y financiado parcialmente por un impuesto sobre los sueldos femeninos. En respuesta, el gobernador dispuso establecer retenes policiales en los puntos claves de la ciudad. Uno de los agentes que vigilaba el centro de la ciudad fue herido por un desconocido que logró escapar. Al día siguiente los hombres de acción intentaron paralizar la ciudad atacando a tranviarios. Hubo también un intento de quemar las cocheras con cocteles incendiarios. No obstante, la intervención de las fuerzas de seguridad, avisadas por un chivato, desembocó en un tiroteo violento, saldándose con la muerte de un albañil no involucrado y un anarquista herido. En este caso la muerte del obrero no conmocionó a las masas, ya que la prensa informó que el albañil fue alcanzado por bala de un anarquista.¹⁹

Dos meses después el mundo sindicalista fue conmovido por la represión gubernamental del levantamiento anarquista en el Alto Llobregat. En este caso, las autoridades republicanas decidieron sobrepasar incluso los límites de la dura Ley de la Defensa de La república y desterrar a los anarquistas más conocidos a África. En respuesta, la C.N.T. convocó una huelga general a nivel nacional. No obstante, Zaragoza no estaba preparada para participar. Las instrucciones sindicales llegaron tarde y, salvo el ramo de la construcción, los obreros no estaban preparados para holgar. En estas circunstancias la protesta adquirió otra vez la forma de violencia premeditada. El día 15 una patrulla de la Guardia Civil, fue sorprendida por una serie de disparos en pleno centro de la ciudad. A 300 metros de aquel lugar una bala dirigida contra un esquírol alcanzó un camión de esta formación. Hubo un muerto, varios heridos, y connatos de atentados con bombas. No obstante, la batalla campal tuvo lugar al día siguiente, cuando una patrulla de Guardia de Seguridad fue tiroteada en la zona limítrofe al barrio de San Pablo. Las fuerzas del orden que intervinieron en su defensa tuvieron que enfrentarse con individuos que disparaban desde: esquinas, portales, balcones y azoteas. Se registraron entre 1.500 y 2.000 disparos. Hubo 4 muertos, 9 heridos y alrededor de 100 detenidos, muchos de ellos elegidos a dedo.²⁰

¹⁸ La información sobre el tiroteo y los disturbios en: *Heraldo de Aragón y El Noticiero*, 1-3 de septiembre de 1931. A parte de las fuentes hemerográficas, la información sobre la trayectoria de la huelga proviene de la correspondencia gubernamental conservada en: Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, Correspondencia del Gobernador Civil, A8892/2 y 12, y A8793/ 3,122 y126; Archivo Histórico Nacional, Ministerio de Gobernación serie FC-M0_Interior_ A,7 exp. 15. Información sobre algunos de los perpetradores proviene de los libros de sentencias: Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, Sala de lo Criminal, J8698, Sentencias nº 250 y 263; J8699, Sentencias nº 51, 60 y 68.

¹⁹ *Heraldo de Aragón* 11 -13 de diciembre de 1931. Archivo Histórico Nacional, Ministerio de Gobernación serie FC-M0_Interior_ A, 6 exp. 26

²⁰ *Heraldo de Aragón y El Noticiero*, 16-18, de febrero de 1932; Archivo Histórico Nacional, Ministerio de Gobernación serie FC-M0_Interior_ A,18 exp. 12.

En noviembre, los obreros de la construcción consiguieron una jornada de 44 horas semanales. Este logro fue efecto de un mes de huelga del ramo, que coincidió con un paro de los camareros. En este periodo en la ciudad explotaron al menos 9 bombas y petardos, muchas de ellas durante las Fiestas del Pilar, con la ocasión del empleo de camareros forasteros²¹.

El auge de la protesta violenta contra el estado republicano tuvo lugar en diciembre de 1933. Tras una campaña antielectoral y un acuerdo de capitalizar el descontento obrero por la posible victoria de las derechas, la C.N.T. creó un comité revolucionario cuyos miembros, seguidos por numerosos anarquistas de acción establecieron su sede en Zaragoza. A escala nacional la protesta fracasó. Ni siquiera en Zaragoza la victoria de las derechas suscitó un levantamiento espontáneo. Las luchas empezaron con retraso y después de las primeras detenciones preventivas. Aun en esta situación, los anarquistas dotados de pistolas, rifles, botellas incendiarias y botiquines consiguieron hacerse fuertes en las estrechas calles del casco antiguo y las barriadas populares. Al mismo tiempo, pequeños grupos intentaron varios asaltos a los edificios estratégicos de la ciudad. Los revolucionarios zaragozanos contaron también con el apoyo del campo aragonés. Habitantes de varios pueblos proclamaron el comunismo libertario obligando a la Guardia Civil a intervenir. Hubo casos de sabotaje contra la infraestructura telefónica y ferroviaria. La prueba revolucionaria duró hasta el día 14. Para abortarla fueron precisos numerosos refuerzos y la aparición de pequeños carros blindados en los puntos claves de la ciudad.²²

A consecuencia de los choques cientos de los miembros de la C.N.T. fueron detenidos durante y después del levantamiento. En caso de muchos de ellos no hubo muestras de su participación activa o cargos graves que imputar²³. Además, el sindicato fue declarado ilegal. En esta situación, los anarquistas nuevamente apostaron por la acción directa y no abandonaron su fe en la espontaneidad de las masas. A finales de enero de 1934, un grupo armado asaltó la oficina del fiscal y secuestró la documentación del caso contra el Comité Revolucionario. A mediados de marzo, los Grupos de Afinidad anarquistas recordaron la suerte de sus compañeros torturados en la cárcel y llamaron al pueblo a salir a la calle contra el régimen personificado por el gobernador civil y el comisario-jefe de la policía.²⁴ Como el llamamiento no surtió efecto, el día 26 de marzo una bomba escondida estalló frente a la Comisaría de Vigilancia. La explosión causó la muerte

²¹ *El Noticiero*, 18 de octubre de 1932; Archivo Histórico Nacional, Ministerio de Gobernación serie FC-M0_Interior_A,6 exp. 66.

²² Una descripción exhaustiva y un balance final de los hechos en: Julián CASANOVA RUIZ: *De la calle al frente*, pp. 115-131; Graham KELSEY: *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón: 1930-1938*, Madrid, 1994, pp. 245-259.

²⁴ Llamamiento de los GG.AA. repartido el 11 de marzo de 1934 en la Avenida de Madrid por una mujer anarquista de 21 años. Transcripción de dicho manifiesto puede consultarse en el: Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, Audiencia Provincial de Zaragoza, Sala de lo Criminal, sentencia nº 122 del año 1934.

de dos transeúntes y un niño. Cuatro personas (entre ellas un Guarida de Asalto) resultaron heridas.²⁵ Presionada por las capas altas de la sociedad, la policía, sin contar con pruebas suficientes, detuvo a varios anarquistas que todavía gozaban de la libertad.²⁶ El día 28 llegaron noticias sobre las torturas de los detenidos y causaron una protesta en forma de huelga de 12 horas. Tras el despido de los huelguistas, la ciudad fue paralizada por un paro general de 36 días. En aquel periodo numerosas bombas disuadían de salir desde casa, mientras que las fuerzas de seguridad tenían que proteger los transportes y tiendas de abastos de los obreros hambrientos. Finalmente, la situación de los niños evacuados por la C.N.T. y la subsiguiente presión social, obligó a las autoridades a firmar acuerdos con un sindicato que habían ilegalizado.²⁷

Tras la revolución asturiana de octubre, la represión gubernamental limitó la actividad sindical, pero no evitó las huelgas. Las bombas estallaron, por ejemplo, durante la Semana Santa de 1935. En este caso, la detención de los acusados causó una huelga del ramo de construcción.²⁸ Además, durante casi todo el periodo republicano hubo casos de sabotajes contra empresas concretas o atentados contra los carceleros o miembros de los sindicatos amarillos.

Un concepto de otra época

Como se ha demostrado, tanto por razones ideológicas, como pragmáticas, la C.N.T. y los anarquistas de acción no llegaron a desarrollar sus propias milicias. En este contexto La Federación Local de los Sindicatos Obreros no supuso ninguna excepción. No obstante, ni los anarquistas ni los obreros confederados rechazaron la violencia, independientemente del gradado de planificación y organización que requerían sus formas. Además, las protestas más violentas que conmocionaron la capital aragonesa durante el periodo republicano parecen revelar suficientes continuidades y similitudes como para no considerarlos actos aislados, espontáneos o desesperados.

Aunque sus contemporáneos solieran limitarse a describir estas modalidades de protesta como: “Procedimientos terroristas, audacias propias de agitadores

²⁵ El atentado resultó tan sanguinario a causa de la potencia de la bomba, que además llevaba metralla. La explosión arranco el eje del carro y destrozó a la tienda más cercana causando daños calculados en 30 mil pesetas. La información sobre el atentado en: *Heraldo de Aragón* 27.03.1934 y *El Noticiero*, 27.03.1934. La información sobre los daños: *Correspondencia entre el Gobernador Civil y el Ministerio de Gobernación*, Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, Archivo del Gobernador Civil, A8792/85.

²⁶ Las protestas, la nota de la Cámara de Comercio y la primera mención sobre la detención en: *Heraldo de Aragón*, 28.03.1934. Cabe añadir que el atentado y las quejas de la Cámara de Comercio tuvieron lugar, cuando el Gobierno de Alejandro Leroux debatía sobre la posibilidad de restablecer la pena de muerte para los atracadores y terroristas.

²⁷ La interpretación de la huelga propuesta por la C.N.T. zaragozana en: *Los treinta y seis días de huelga en Zaragoza*, folleto conservado en: Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, Audiencia Territorial de Zaragoza, J8916.

²⁸ *Heraldo de Aragón*, 20 de abril de 1935.

profesionales”²⁹, el desarrollo de las nuevas formas de violencia política y sus subsiguientes análisis han ido ampliando el aparato conceptual. Antes del fin de siglo los conflictos violentos, que involucraban a regímenes establecidos y a unos desafidores incapaces de entablar una guerra abierta, ganaron el nombre de conflicto asimétrico. A lo largo de las primeras tres décadas de la II postguerra, el carácter de estos conflictos evolucionó en el contexto de las luchas anticoloniales, la creciente urbanización a nivel mundial y la subsiguiente reinterpretación de las tácticas guerrilleras campesinas de Che Guevara o Mao Zetong. En este entorno emergió el nuevo concepto de la Guerrilla Urbana popularizado por Carlos Marighela y su uso por los movimientos revolucionarios de los años 70.

A pesar de la popularidad del término, a nivel analítico el concepto de la Guerrilla Urbana resulta borroso. Beatriz Gutiérrez López sostiene que:

“Estructuralmente, pues sería más adecuado referirse a este fenómeno como “insurgencia urbana”, al desarrollarse a través de parámetros que aúnan los ataques terroristas (atentados con bomba, uso de francotiradores, asesinatos selectivos) con tácticas de guerrillas (sabotajes, incendios, emboscadas), pero con una estructura operativa frecuentemente celular, y, en cualquier caso, definiendo el segundo parámetro “urbano” en función del propio escenario donde se produce la lucha.”³⁰

Dicha propuesta enfocada en condiciones, formas y tácticas de lucha resulta más universal y no necesariamente limitada a la época de su mayor popularidad. De hecho, la propia autora pone de relieve que la urbanización que propició la aparición del fenómeno en cuestión no tuvo que tener las características propias de los países occidentales de la segunda mitad del siglo XX:

“en países en vías de desarrollo cuya articulación urbanística se caracteriza por el desorden en su crecimiento y los cinturones de pobreza donde, precisamente, surgen los mayores problemas de seguridad y los principales núcleos de reclutamiento para cualquier variante de actividad violenta o delictiva, pues con frecuencia se trata de ciudades con graves carencias en cuanto a eficiencia de gobierno y provisión universal de servicios públicos. Por otra parte, la migración que fluye del campo a las ciudades se trata mayoritariamente de población joven, que genera enormes cargas sociales, especialmente en cuanto a educación y

²⁹ *El Noticiero*, 9 de enero de 1934.

³⁰ Beatriz GUTIÉRREZ LÓPEZ: “Guerrilla y Terrorismo: La Guerrilla Urbana”, en Miguel REQUENA (ed.): *La seguridad y la defensa en el actual marco socio-económico: nuevas estrategias frente a nuevas amenazas*, 2011, pp. 553–572, p. 371

trabajo y que, al no obtenerlo, se convierte en una masa crítica capitalizable por cualquier movimiento insurgente o de oposición al poder establecido”.³¹

Como hemos podido comprobar, la Zaragoza republicana brindaba condiciones de vida y sustratos del conflicto muy parecidos a los descritos por la investigadora.

Aunque enriquecedora a nivel lingüístico, la aplicación del nuevo término resultaría vana, si no fuera fructífera en el campo analítico. En el caso de la insurgencia urbana las consideraciones acerca del fenómeno permiten entender mejor las tácticas ocultas detrás de los atentados anarquistas y los mecanismos que condicionaron las huelgas violentas. Como recoge Gutiérrez, los insurgentes, al no contar con los medios de combate estatales recurren a armamento básico como: armas ligeras, bombas con metralla, dinamita, cocteles incendiarios o tachuelas. Con estos medios intentan paralizar a las fuerzas enemigas o la vida diaria y con la ayuda de la propaganda presentarse como un actor justiciero capaz de colapsar el funcionamiento del estado. La selección de armas y las formas de su aplicación están subordinadas a los efectos políticos esperados por los insurgentes.

La subversión insurgente puede conjugarse con o aparecer en forma de: “la desobediencia civil y (...) fomento de disturbios, huelgas y manifestaciones que muestren la capacidad de la insurgencia para poner en jaque al gobierno”. Por tanto para realizarla es precisa “ la infiltración en organizaciones gubernamentales, partidos políticos, sindicatos, grupos de presión etc., desde donde fomentar la agitación social”.³²

Valiéndose de dichos medios y en función de sus recursos, arraigo social, el contexto político y los resultados esperados de su acción, las insurgencias suelen aplicar un vasto abanico de acciones como:

- La propaganda violenta basada en atentados contra objetivos simbólicos o reales, con el fin propagandístico o para dañar económicamente al enemigo (en el caso zaragozano dichas prácticas servían sobre todo para presionar a los patronos más obstinados destruyendo sus mercancías),
- Una campaña de atentados con explosivos con objetivos tácticos o con el fin de mantener la atención social (en esta categoría cabrían las

³¹ *Ibid.*, 560-561.

³² *Ibid.*, p. 368

explosiones que paralizaron la ciudad durante la huelga de 36 días o el paro de los constructores y camareros en noviembre de 1932),

- Atentados contra la fuerza pública para causar su retirada,
- Atracos armados con el fin de asumir las funciones administrativas por parte de los insurgentes (prácticas comunes durante la mayoría de las huelgas generales, cuando jóvenes armados imponían los cierres del comercio o atentaban contra los esquiroleros),
- Acciones calculadas para suscitar represión estatal y alentar una rebelión popular contra unas autoridades opresoras (aunque el atentado contra el técnico de la *Telefónica* brindó una posibilidad de rebelión inesperada, el atentado contra la comisaría de la policía parece un caso ejemplar),
- Un levantamiento urbano ejecutado por guerrillas apoyadas por las masas y coordinado con el medio rural.

A la luz del citado modelo, la protesta obrera y la violencia anarquista presenta continuidades y lógicas que inducen a interpretarlas como acciones premeditadas dentro de una estrategia revolucionaria más amplia. El ala radical de sindicato buscaba en los actos violentos, tanto una herramienta de presión dentro de conflictos concretos, como una posibilidad de ampliarlos y movilizar a los obreros para un levantamiento revolucionario.

Las formas de protesta

Desde que en los años 80' Charles Tilly publicó la obra *The Contentious French*, su clasificación de las formas de protesta ha ganado considerable popularidad entre sociólogos e historiadores³³. Según Tilly, dichas formas pueden agruparse en dos repertorios. El *tradicional* destaca por: su escala local, representación de intereses de grupos muy limitados, búsqueda de patronos o representantes entre las elites, formas de protestas rígidamente vinculadas con sus causas, y la toma puntual y provisional de las prerrogativas de las autoridades. Dicha categoría incluye formas como: motines de hambre, ataques contra recaudadores de impuestos, invasiones de fincas o destrucciones de máquinas. Mientras que el repertorio *moderno* tiene un carácter más global, puede involucrar grupos de intereses más amplios, es autónomo con respecto a las elites, está

³³ María de la Luz INCLÁN OSEGUERA: "A la sombra de Sidney Tarrow. Conceptos básicos para el estudio de los movimientos de protesta", *Política y gobierno*, 1 (2017), pp. 189-212, 203-206.

basado en estructuras de protesta mejor organizadas, y contiene formas de protesta más versátiles. Las *nuevas* formas de protesta incluyen entre otras: las huelgas, manifestaciones, mítines etc.³⁴.

Posteriormente, su propio creador y otros investigadores han precisado la teoría demostrando que, en diferentes sociedades, la transición de un repertorio al otro pudo no solamente darse un siglo más tarde, sino también de manera más prolongada. Además, en dicho proceso la forma primitiva podría cambiar su carácter, finalidad y significado. En este contexto, Sidney Tarrow califica la insurrección urbana como elemento del repertorio *nuevo*, pero nacido en el proceso de evolución del motín que paulatinamente había ganado modularidad y autonomía pudiendo ser aplicado en conflictos de escalas y con motivos diferentes.³⁵ El caso zaragozano demuestra que muchas de las actuaciones populares, como los apedreamientos, silbidos etc. mantuvieron su carácter tradicional y poco coordinado. Por tanto, el concepto de la guerrilla/insurrección urbana evidencia que en la Zaragoza republicana ambos repertorios de protesta no solamente coincidieron, sino que estuvieron fuertemente entrelazados. Al no poder desafiar a sus enemigos directamente, los anarquistas incluyeron en la planificación de su violencia organizada, el cálculo de la posible reacción popular tradicional y más espontánea.

Conclusiones

Tanto por razones ideológicas, como organizativas, la C.N.T. zaragozana no creó sus propias milicias. No obstante, los sectores más radicales mantuvieron una estrategia de múltiples choques con el régimen republicano. En sus numerosos conflictos con: los patronos, otros sindicatos y las autoridades, los anarquistas y obreros hicieron uso de formas de protesta bien organizadas y plenamente *modernas*. Hubo también ejemplos de protesta más espontánea y *tradicional*. El concepto de la guerrilla urbana permite visibilizar que, a nivel táctico, la violencia anarquista organizada sirvió no solamente para presionar a personas (políticos, funcionarios, patronos etc.) o colectivos concretos (otros sindicatos u organizaciones patronales). Los atentados y huelgas más importantes en el periodo republicano demuestran que los autores de acciones directas buscaban provocar

³⁴ Charles TILLY: *The Contentious French*, Londres, University Press, 1986, pp. 390-398.

³⁵ Sidney TARROW: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, pp. 59-74.

formas de protesta tradicionales con el fin de ampliar los conflictos o poder desafiar un estado demasiado fuerte para ser derribado por una minoría audaz.

La óptica abordada en el artículo demuestra que los repertorios de protesta *tradicional* y *moderno*, no solamente coincidieron, sino también estuvieron fuertemente entrelazados. Sin embargo, el potencial analítico del concepto de la insurgencia urbana no se limita al campo de las formas de protesta. Como ha traslucido a lo largo del texto, dicho concepto puede resultar útil también en el análisis de distribución espacial de la protesta o la identidad colectiva de sus participantes. No obstante, tal agenda sobrepasa los límites de este artículo.